

Octubre 23, 2001

COMENTARIOS ACERCA DEL NOBEL DE ECONOMÍA 2001

Por Agustín Saavedra Weise

El antiguo profesor de la Universidad de Stanford y hoy de Columbia, ex consejero económico de Bill Clinton y ex funcionario del Banco Mundial, Joseph Stiglitz, se hizo recientemente acreedor al Premio Nobel de Economía 2001, premio que fue compartido con sus otros colegas nominados George Akerlof and Michael Spencer. El Nobel se otorgó en base a una investigación realizada por los tres economistas y que concluía afirmando que los mercados, cuando la información no es perfecta, fallan en la óptima asignación de recursos. Esto obliga a una mayor intervención del gobierno, justamente para compensar esa falencia.

Stiglitz es considerado actualmente uno de los “gurús” del movimiento por la justicia global y ha sido un fuerte crítico de los “fundamentalistas” del libre mercado. Su premiación marca un verdadero hito en la ya rica historia de los Nobel en economía, sobre todo en estos momentos cuando la globalización entra en crisis, el mapa geopolítico del mundo se conmueve por la guerra contra el terrorismo y varias economías de los países emergentes (la boliviana entre ellas) se enfrentan con enormes dificultades.

Muchas de esas dificultades han sido derivadas de la aplicación ortodoxa a ultranza de las “recetas” del BM y del Fondo Monetario Internacional (FMI) cuyos potentes “remedios” en muchos casos han puesto al enfermo al borde de la sepultura, con la ayuda y beneplácito de los nativos de turno adherentes a sus “recomendaciones”.

No en vano Stiglitz fue retirado del BM hace un par de años. Tan pronto el laureado comenzó a percibir que los métodos tradicionales fallaban –como sucedió en la crisis asiática y en Rusia– quiso expresar abiertamente sus ideas pero el “establishment” del banco se lo impidió y luego finalmente lo sacaron del organismo, pese a su reputación académica.

Ya con plena libertad de acción, Stiglitz se ha dedicado en los últimos tiempos a demostrar que la falta de información acerca de los mercados es un grave obstáculo que impide la racional –y exitosa– toma de decisiones.

Por otro lado, Don Joseph opina que los acuerdos de comercio del pasado han sido injustos y es por eso que se han provocado tantas reacciones antiglobalizadoras. Asimismo, es partidario de la irrestricta apertura de mercados para las naciones en vías de desarrollo, al mismo tiempo que desapruueba rotundamente los fuertes subsidios a productores agropecuarios vigentes en Europa y Norteamérica y que le quitan a los países pobres lo poco o mucho de ventaja comparativa que tienen en ese campo productivo.

Otro aspecto fundamental de Stiglitz es su posición con respecto al FMI, ya que considera que debe existir un cambio fundamental de actitud en ese ente y que le permita al Fondo tratar con los problemas del mundo real, tales como la recesión actual, agigantada ahora desde los acontecimientos del pasado 11 de septiembre. “El FMI debe luchar por un mundo mejor que reduzca las desigualdades entre los que tienen y los que no tienen”, asevera el profesor premiado. Agrega: ”el Fondo debe proporcionar la liquidez necesaria para asegurar una expansión global que supere la recesión del presente”.

Stiglitz ya observó la imperfección de los mercados hace más de 40 años, durante unas tareas que le cupo desempeñar en Kenia. Sus experiencias de la época fueron determinantes para su realista y peculiar análisis posterior de los problemas económicos.

En estos momentos y cuando Bolivia sufre una de las peores recesiones desde la estabilización de 1985, conviene recordar que solamente los caminos innovativos y no ortodoxos son los que lograrán la superación de la crisis. Stiglitz y sus colegas han sido premiados por demostrarlo. Aquí en Bolivia, los que pregonan un cambio de ideas o de “modelo” son tildados de “herejes”. Ojalá eso se modifique y se obtenga una alteración positiva del rumbo, pues como estamos, la nave se hunde y se hundirá en un marco de equilibrio macroeconómico realmente admirable, pero se hundirá igual... Y con todos nosotros adentro, esto es lo más grave.

Dios quiera que salven del naufragio al barco de la república los encargados de navegarlo en la hora del momento, pero para ello recuerden que hay que hacerlo con imaginación, no con recetas importadas y el lomo sumiso. Stiglitz se rebeló y el mundo le ha reconocido sus méritos. Es hora de que Bolivia tenga su propia “rebelión” frente a tanto “vendimiento” ante organismos internacionales que no conocen al país, no les interesa y tampoco sus burócratas viven y morirán aquí, como lo hacemos los bolivianos.

-----000-----